

Centros Históricos de América Latina y el Caribe

Fernando Carrión, editor



© 2001

UNESCO

7, place de Fontenoy
F 75352 París 07 SP
Tel. internacional: 33.1.45.68.10.00
Fax internacional: 33.1.45.67.16.90
Telex: 204461 París
270602 París

Banco Interamericano de Desarrollo

1300 New York Ave., N.W.
Washington, D.C. 20577
Estados Unidos de América
E-mail: idb-books@iadb.org
www.iadb.org

Ministerio de Cultura y Comunicación de Francia

3, rue Valois
75042 París cedex 01
Tel : 33 (0)1 40 15 80 00

FLACSO, Sede Ecuador

Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador
Telf.: (593-2-) 232030
Fax: (593-2) 566139

ISBN- 9978-67-059-9

Coordinación editorial:

Alicia Torres

Cuidado de la edición:

Alicia Torres

Corrección de textos:

Ana María Jalil, Edmundo Guerra, Jesús Pérez de Ciriza

Diseño gráfico:

Antonio Mena

Detalle fotográfico al inicio de cada artículo:

Sylvio Mutal

Quito, Ecuador, 2001

LAS IDEAS, AFIRMACIONES Y OPINIONES EXPRESADAS EN ESTA PUBLICACION SON RESPONSABILIDAD EXCLUSIVA DE SUS AUTORES Y NO SON NECESARIAMENTE LAS DE LAS ORGANIZACIONES QUE LA AUSPICIAN NI DE SUS ESTADOS MIEMBROS.

Índice

Presentación

Presentación 7

Prólogo 9

Organismos internacionales e instrumentos jurídicos
para la preservación de los centros históricos 11
Mounir Bouchenaki

Financiando la conservación del patrimonio urbano en América Latina y el Caribe:
la acción del Banco Interamericano de Desarrollo 15
Eduardo Rojas

El programa Sirchal de seminario-talleres sobre la revitalización
de centros históricos de ciudades de América Latina y el Caribe 23
Leo Orellana

Estudio indtrodutorio

Medio siglo en camino al tercer milenio:
los centros históricos en América Latina 29
Fernando Carrión

Temas de estudio: Los casos

A. De la conservación monumental a la rehabilitación urbana

Del monumento aislado a la multidimensionalidad 95
Margarita Gutman

La dimensión cultural del patrimonio 107
Hernán Crespo-Toral

Ciudades y centros históricos de América Latina y el Caribe:
50 años de trayectoria (1950-1999) 113
Sylvio Mutal

El Centro Histórico de la Ciudad de México:
del rescate patrimonial al desarrollo integral 139
René Coulomb

El Centro Histórico de Montevideo	157
<i>Francisco Bonilla</i>	
El Centro Histórico de Salvador de Bahía: paisaje, espacio urbano y patrimonio	177
<i>Marcia Sant'Anna</i>	
B. Instituciones y actores en la rehabilitación de centros históricos	
El sector privado en la conservación del patrimonio urbano en América Latina y el Caribe: lecciones de tres experiencias	199
<i>Eduardo Rojas</i>	
El Centro Histórico de La Habana: un modelo de gestión pública	217
<i>Patricia Rodríguez Alomá</i>	
Revitalización del Centro Histórico de Recife: una experiencia de gestión con iniciativa privada	237
<i>Silvio Mendes Zancheti</i>	
El Centro Histórico de Quito: un modelo mixto de gestión	253
<i>Mónica Moreira Ortega</i>	
El Centro Histórico de Santiago: el modelo de una corporación en la gestión	275
<i>Gustavo Carrasco, Pablo Contrucci Lira</i>	
C. Los temas emergentes en la conservación de centros históricos	
La lenta construcción de modelos de intervención en centros históricos americanos	297
<i>Paulo Ormino de Azevedo</i>	
Memoria e identidad frente a la globalización	317
<i>Elena Cattarini-Léger</i>	
Centro histórico y actores sociales. Sustentabilidad versus imaginarios	329
<i>Ciro Caraballo Perichi</i>	
El espacio urbano en la recuperación del Centro Histórico de Lima	347
<i>Patricia Dias Velarde</i>	
Anexos	
Referencia de autores	365
Bibliografía	371
Glosario Sirchal: términos y conceptos relativos a la revitalización de centros históricos	379
<i>Mónica Boyer</i>	



La dimensión cultural del patrimonio

Hernán Crespo-Toral

En la segunda mitad del siglo XX, debido a la velocidad del empobrecimiento de grandes grupos humanos y a las pérdidas irreparables que sufre la naturaleza, se impone un replanteamiento sobre el modelo de desarrollo que ha venido primando hasta estos años. Se lo pone en tela de juicio pues no ha conseguido que los países del llamado Tercer Mundo eleven el nivel de vida de sus pueblos y los doten de las condiciones que permitan satisfacer por lo menos sus necesidades básicas.

En la década de los 70, la UNESCO propició una reflexión, en diferentes regiones del mundo, para conocer las causas que impedían que cristalizaran los esfuerzos destinados a mejorar las condiciones de vida de una inmensa parte de la humanidad. Del análisis se concluyó que el hombre debe ser sujeto y objeto de toda política de desarrollo y actor esencial de su propio perfeccionamiento. Para ello, era necesario conocer las características de las sociedades, tomar en cuenta la pluralidad del hombre sobre la tierra, las circunstancias que marcan la inmensa riqueza del género humano y las diferencias que definen la identidad, producto del tiempo, del

espacio y de esos intangibles que nutren la condición humana.

En 1982 se llevó a cabo en la Ciudad de México, auspiciada por la UNESCO, la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, MUNDIACULT. Uno de sus más importantes resultados fue una aproximación a la definición antropológica de la cultura. Se hizo evidente que la cultura es la esencia misma del comportamiento humano, su manera de ser y de concebir el universo. Así, se puede hablar de la cultura y de las culturas. Entonces, la diversidad cultural aparece ya como factor esencial para diseñar el sistema de desarrollo. Esta dimensión cultural implica el reconocimiento de uno mismo y de los demás, y conforma una dimensión integral que nos da una visión coherente de nuestro espacio social y de nuestra relación con la naturaleza.

Esta noción de cultura está implícita en todas las definiciones que se dan del desarrollo: desarrollo integral, desarrollo endógeno, desarrollo humano y desarrollo sostenible. Durante las últimas décadas hemos ido enriqueciendo el concepto. Hoy, el de-

sarrollo implica conseguir la realización del ser humano, tanto desde el punto de vista material como espiritual, al mismo tiempo que se garantizan los derechos de las nuevas generaciones.

Sin embargo, la realidad nos demuestra que los modelos como el consumismo, la economía de mercado, la rampante concepción de la riqueza como único valor al que debe aspirar el ser humano, agudizan las diferencias, pues hay, cada vez más, unos pocos inmensamente ricos y muchos inmensamente pobres. Conseguir un desarrollo con equidad implica transformar la mentalidad de las personas para procurar el bien común.

Por otro lado, la llamada globalización, que en principio debería constituirse en la universalización del bienestar, puede convertirse en una amenaza para la conservación de la riqueza de la diversidad cultural, al propiciar la homogeneización de los modelos de vida y difundir paradigmas que en muchos casos se contraponen a los valores que han nutrido la vida de los pueblos y que son necesarios para garantizar una construcción positiva de las sociedades.

El modelo que sigue vigente contribuye cada vez más a la depredación inmisericorde de la naturaleza y al agotamiento o contaminación de los recursos que deben garantizar la vida de las nuevas generaciones. Se ha intentado reiteradamente frenar los procesos depredatorios, especialmente a través de las grandes conferencias que ha propiciado el sistema de Naciones Unidas, como la llamada Cumbre de la Tierra, efectuada en Río de Janeiro en 1992, en la que se hicieron recomendaciones esenciales para la protección de la naturaleza, y la de Habitat II, en Estambul, en 1996, en la que se estudiaron los grandes problemas que engendra la expansión

irracional de las ciudades. Sin embargo, estos intentos no han servido para detener dichos procesos, puesto que los países más desarrollados no han asumido con la seriedad debida los compromisos adquiridos y los países del Tercer Mundo se han visto abocados, debido a la agudización de sus problemas económicos, a explotar sus recursos más allá de lo deseable, con lo que han comprometido el futuro de las nuevas generaciones.

La planificación del desarrollo, en una visión integral, debe tomar en cuenta el territorio como heredad que hay que preservar junto con el ser humano asentado en esa geografía. El Estado y la sociedad civil son los grandes actores del proceso, inspirados en el hecho de que nuestro planeta no es solo interdependiente desde el punto de vista ecológico, sino mucho más desde el punto de vista cultural.

La educación, unida a una acción comprometida de los medios de comunicación, debe ser la transmisora de estos principios. En este proceso son imprescindibles la aproximación y el apropiamiento del acervo intangible transmitido de generación en generación y de los testimonios materiales en donde se encuentran cautivas la historia y la esencia de los pueblos.

La UNESCO, como la organización especializada de las Naciones Unidas para la cooperación intelectual, ha llevado a cabo un importante trabajo de reflexión sobre el papel de la cultura dentro del desarrollo. Se debe en gran parte a su acción el que ya no sean únicamente las variables económicas las que determinen el desarrollo de los pueblos, sino la promoción de otros valores que se traducen en el bienestar y el robustecimiento de la dignidad humana. Por otra parte, desde hace algún tiempo, las



Plaza de Santo Domingo, Quito

instituciones internacionales de desarrollo han empezado a considerar de trascendental importancia el dotar a sus políticas de esta dimensión cultural. La preocupación se expresa en una reflexión interna y en la organización de reuniones que convocan a personalidades en los diversos campos del saber a fin de enriquecer su filosofía y su acción. Es así como el Banco Mundial, en colaboración con la UNESCO, organizó en Washington, a finales de 1998, una conferencia sobre *La Cultura en el Desarrollo Sostenible* y el Banco Interamericano de Desarrollo, con motivo de su reunión de gobernadores, celebrada en París en marzo de 1999, también en colaboración con la UNESCO, realizó un foro sobre *Desarrollo y Cultura*. Finalmente, en octubre de 1999 se celebró en Florencia, auspiciada por el gobierno italiano, el Banco Mundial y la UNESCO, la conferencia *La Cultura Cuenta*. En todos estos eventos se planteó el papel esencial que juega la

cultura como anclaje indispensable del hombre en el tiempo y en el espacio, y como ingrediente necesario en la construcción de un mundo más justo y equitativo.

En el diseño de los proyectos que toman en cuenta la dimensión cultural, juegan un papel primordial el discernimiento de los intangibles que definen la personalidad de los pueblos y el conjunto de bienes materiales que testimonian su memoria. El proceso de reconocimiento y apropiación de esa memoria será elemento básico para conseguir la autoestima y la incorporación de las personas como actores de su propio desarrollo.

Latinoamérica vive un momento crucial de su historia. Ante el desafío de la globalización, surge cada vez con más fuerza la necesidad de su integración, única manera de involucrarse positivamente

en el concierto universal. Desde hace varias décadas ha puesto las bases para su concreción a través de procesos económicos subregionales. Por otra parte, gracias a una decisión política, se va cristalizando esa antigua vocación, sustentada sobre todo en la cultura, de reconocerse y actuar como nación una y plural. En este proceso juega un papel esencial el robustecimiento de la diversidad afincada en el conocimiento de los intangibles que sustentan las originalidades de cada pueblo, así como en el patrimonio material, testimonio tangible de la memoria. Organismos como la Organización de los Estados Americanos, con una larga trayectoria en el campo cultural, y el Convenio Andrés Bello o el Foro de Ministros y Responsables de las Políticas Culturales de Latinoamérica y el Caribe, constituyen apoyos inestimables en el conocimiento y apreciación mutua entre los países de la región.

La UNESCO, por su parte, ha sido promotora esencial en la creación de una conciencia sobre la preservación del patrimonio cultural en América Latina. A partir de la década del 50, cuando funda en La Habana su Oficina para el Hemisferio Occidental, que pronto se transformará en Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe -ORCALC-, se establecen ya los nexos con diferentes países, a los que se les procura, sobre todo, asistencia técnica. La acción se refuerza a través del Proyecto Regional -PNUD/UNESCO- para el Desarrollo del Patrimonio Cultural, Urbano y Ambiental, con sede en Lima, que por más de 15 años realizó una fructífera labor y contribuyó con los países de la región para formular la legislación, la preparación de cientos de especialistas, la fundación de instituciones en los diferentes campos de la conservación, y ejecutar proyectos de conservación, restauración y puesta en valor de los bienes culturales. La

UNESCO, a través de sus convenciones, especialmente la del Patrimonio Mundial Cultural y Natural de 1972, ha contribuido para la preservación de un extenso acervo al declarar como bienes pertenecientes al patrimonio mundial a un importante número de sitios naturales y culturales, conjuntos y centros históricos de las ciudades latinoamericanas.

La ciudad es el testimonio más acabado de la memoria colectiva. Los centros históricos son, por exceso o por defecto, la concreción de las edades de la sociedad, de sus aspiraciones, de sus cualidades y carencias. Es necesario, para desentrañar su contenido, un proceso de 'apropiamiento' de sus valores. La entrega de este bien social implica una 'lectura' discernible de los procesos por parte de las perso-



Iglesia colonial

nas. De esa lectura y apropiamiento surgirá el interés por su cuidado y su valoración. Las ciudades históricas son espacios esenciales para el diálogo social, para la gestación de una ciudadanía cultural, la participación en los procesos democráticos y un importante recurso económico por ser generadoras de trabajo y de servicios, así como de variadas industrias culturales, como el turismo, entre otras.

Una de las características relevantes de algunas de las ciudades latinoamericanas es su heterogeneidad. Debido a los grandes cambios de la tenencia de la tierra, de la mecanización de la agricultura y, en muchos casos, del empobrecimiento campesino, las ciudades se transforman en grandes imanes que atraen una constante migración. A veces estas migraciones se radican en la periferia de las urbes; otras, en las proximidades o en los mismos centros históricos debido a que presentan facilidades para la vivienda, el comercio, la administración y otros servicios. Se produce así, la ruralización de dichas áreas con su consiguiente deterioro, causado por los usos indebidos del espacio urbano. La rehabilitación urbana conllevará necesariamente un proceso de rehabilitación humana, es decir, mejorará las condiciones y calidad de vida de esas poblaciones. El fin primordial de la rehabilitación será el de restaurar la dignidad de la persona para favorecer su inserción dentro de los procesos ciudadanos y su participación activa en la 'construcción' de la urbe.

En Latinoamérica se viene desarrollando un importante proceso de valoración de las ciudades históricas. Ahora, las ciudades son conceptuadas como señales de identidad más ostensibles y abarcadoras. Dentro del proyecto de integración regional desempeñan un papel definitorio, puesto que en ellas se concreta esa unidad en la pluralidad, riqueza ini-

gualable de nuestros pueblos. Por ello, su preservación y rehabilitación constituyen parte fundamental del proyecto latinoamericano.

Dada la trascendencia que tienen las ciudades en el momento actual (más del 50 por ciento de la población latinoamericana se radicará en ellas en los próximos años), hace falta preguntarse cómo los centros históricos podrán seguir constituyendo el espacio dinámico en donde se dé el conocimiento y el reconocimiento a través de esos signos de identidad que ellos atesoran, y manteniendo estrecho vínculo con la construcción de la urbe moderna que constituirá la memoria de nuestro futuro.

Surgen entonces otras importantes preguntas. ¿De qué manera ponemos las bases para la pervivencia de esas 'señales de identidad' que deben constituir la garantía de una inserción positiva de nuestros pueblos en el indetenible proceso de globalización? ¿De qué manera contribuiremos al enriquecimiento espiritual, no solamente de nuestros hijos sino de la humanidad entera? ¿Son los valores éticos los que inspiran nuestra obra? ¿Mantenemos la autenticidad en nuestras intervenciones? ¿Está la rehabilitación urbana destinada a consolidar una rehabilitación humana?

Creemos que estamos en el camino adecuado. Es verdad que si analizamos lo pasado podremos constatar muchas pérdidas irreparables, equivocaciones y olvidos, como en todo proceso humano, pero hemos conseguido que nuestra América se pueda reconocer en esos bienes inestimables que guardan nuestra esencia y personalidad.

Para terminar, cabe destacar aquí dos experiencias recientes, muy valiosas, que se vienen desarrollando



Plaza Vieja en restauración, La Habana

mediante la cooperación internacional. La primera es la que tiene lugar en el centro histórico de Quito donde, mediante un préstamo el Banco Interamericano de Desarrollo, conjuntamente con la Empresa del Centro Histórico, se lleva a cabo la rehabilitación de una de las zonas más conflictivas de la ciudad. La UNESCO contribuye para conseguir la participación ciudadana en la obra, mediante un proyecto de 'sostenibilidad social'. Se pone en práctica aquí el concepto de rehabilitación urbana y de rehabilitación humana pues se restituye a la ciudad una importante parte de su patrimonio construido al dotar al área de una adecuada vivienda y de los servicios culturales y comerciales necesarios, y se trabaja en la incorporación dinámica de los usuarios al proyecto. Se realiza su concienciación para el debido 'apropiamento' del patrimonio cultural, al mismo tiempo que se impulsa el mejoramiento de la calidad de vida y se incentiva la conformación de microempresas que, de alguna manera, están vinculadas a la esencia del proyecto. La cooperación francesa, por su parte, a través de una ONG (PACTA-

RIM), contribuye a la rehabilitación de la vivienda de interés social. Se procura de esta manera generar en toda la ciudad una renovada visión de su centro histórico, puesto que una nueva actitud favorece su posesión como bien común, en el que es posible encontrarse y reencontrar esas ostensibles trazas de la identidad cultural.

La segunda contribución para la rehabilitación de los centros históricos de Latinoamérica nace por iniciativa de la Dirección de Arquitectura y Patrimonio del Ministerio de Cultura y Comunicación de Francia, que busca la creación de una red latinoamericana – SIRCHAL (Sitio internacional sobre la revitalización de ciudades de América Latina y el Caribe)¹ – que, conjuntamente con la UNESCO y el Banco Interamericano de Desarrollo, colabora con las numerosas ciudades que conforman la Red en el análisis, diseño y ejecución de importantes proyectos de rehabilitación. Para ello ha sido necesaria la organización de tres seminarios-taller en los que se ha puesto en contacto a los especialistas con los administradores y se ha logrado acuerdos para una obra mancomunada. Utilizando los medios de la moderna tecnología se marca un hito fundamental en la salvaguarda y revitalización de los centros históricos. Este proceso está inspirado en una mística que garantiza la construcción de un futuro solidario.

Las valiosas contribuciones de los autores de este libro sobre las diferentes experiencias en los centros históricos de las ciudades latinoamericanas refrendan la obra cumplida por las personas e instituciones que, durante más de 30 años, batallaron para la transmisión de un importante legado a las nuevas generaciones.

¹ <http://www.archi.fr/SIRCHAL>